dia anterior la derrota de las fuerzas de Patoni, se hallaba cubierto de cadáveres y gran número de heridos: deseando traerlos con seguridad á la plaza, Gonzalez Ortega solicitó de los franceses una suspension de hostilidades que le fué al momento concedida. Durante ella los trabajos de zapa al frente de Totimehuacan seguian activamente, de manera que en la noche de este dia quedaron terminadas y armadas las baterías, que debian servir para el pròximo ataque.

Dia 15. A las seis de la mañana rompieron los franceses el fuego sobre la fortaleza referida, al mismo tiempo que dirijian sus proyectiles sobre el Cármen y otros puntos de la ciudad. Pocas veces, desde que comenzó el sitio, se habia escuchado un estruendo tan espantoso de artillería; las bombas y granadas cruzaban en todas direcciones, y cayendo con especialidad en los fuertes atacados y el centro de la plaza, producian estragos inauditos. Los defensores de Ingenieros contestaron al principio los fuegos de los sitiadores con otros igualmente nutridos, mas bien pronto tuvieron aquellos que ceder ante la temible artillería francesa y á las ocho de la mañana

---

la caballería, se dirijian, yendo á la vanguardia el ala izquierda, sobre los atrincheramientos construidos al rededor de la Iglesia de San Lorenzo. Aunque los mexicanos fueron sorprendidos con este ataque, tuvieron tiempo no obstante de armarse, haciendo un fuego vivo de artillería à 1.200 metros. La nuestra lo contestó en el acto con éxito, y toda la línea se lanzó con un arrojo irresistible al paso de carga y al grito entusiasta de ¡Viva el Emperador! *sobre la posicion, que se tomó á pesar de la resistencia desesperada de los soldados mexicanos, muriendo una parte considerable à bayonetazos. El resto se desbandó y trató de escaparse por el vado de Panzacola, echándose á la barranca del Atoyac; pero, ametrallados por nuestra artillería, acosados por la caballería del general Mirandol por un lado,*

el referido fuerte se hallaba casi demolido: otros momentos mas de bombardeo y tal vez sin obstáculo hubieran penetrado los franceses hasta el reducto que construyó Mendoza, pues las tropas juaristas se hallaban en un desórden y desmoralizacion inconcebibles, y con solo desalojarlas del Cármen y Totimehuacan, se verian precisadas á sucumbir.

Este era sin duda el pensamiento del Sr. Forey, mas los gefes de Oriente á quienes tampoco se ocultaba cual seria en breve el término de tan prolongado sitio, consideraron atentamente los estremos de la fatal alternativa á que estaban reducidos, y entre hacer una vana resistencia que diera por resultado

---

y por otro por la del general Marquez, que habia bajado por el cerro de la Cruz, estos desgraciados mexicanos dejaron regado el campo de muertos y heridos hasta Santa Inés, en donde el general Marquez viendo al enemigo derrotado completamente y huyendo en todas direcciones en un espantoso desòrden, dejó de perseguirlos.

El enemigo ha dejado en nuestro poder en este brillante combate, ocho cañones, seis de ellos rayados; tres banderas, once guiones, mil prisioneros. entre ellos varios coroneles y gefes, la mayor parte del convoy destinado á la plaza de Puebla, el cual se componia de carros y mulas cargadas de víveres y efectos de todas clases, como tambien de ganados. Han caido tambien en nuestro poder 3,500 kilògramos de pòlvora del parque de artillería, 800 ó 900 hombres entre muertos y heridos, y todo el ejército de Comonfort se ha dispersado en su totalidad; tal ha sido el resultado de esta victoria que tan solo nos ha costado once muertos y ochenta y nueve heridos.

Antes de tributar los elogios debidos á todos aquellos que concurrieron à esta gloriosa jornada, quiero dar un testimonio par-

la entrada de los franceses á fuego y sangre, ó celebrar una capitulacion que proporcionase algunas garantías, aun los mas obstinados se decidieron por lo segundo.

A este fin, un ayudante de Gonzalez Ortega salió á esplorar la voluntad del general Forey, y este Sr. manifestó que no entraria en ningun arreglo, si no se le enviaban las proposiciones por escrito. El gefe del ejército franco-mexicano vió pues la disposicion de los sitiados y conoció que sin necesidad de derramar ya sangre iba á tocar el término de sus operaciones: los juaristas no debian tardar mucho tiempo en tomar una resolucion.

---

ticular de mi gran satisfaccion al general Bazaine, por el modo con que ha cumplido mis instrucciones, las cuales han obtenido el éxito mas completo, debido todo á su pericia en la guerra, á la confianza que inspira á las tropas su golpe de vista, su sangre fria y su valor que se comunica à los demas.

El general Marquez, que ha sabido aprovechar, ex-profeso el momento favorable para completar la derrota del enemigo, merece tambien una mencion particular. Me considero feliz al aprovechar esta ocasion para hacer á nuestros aliados la justicia á que son acreedores, y cuyo celo secunda tan bien las operaciones del cuerpo espedicionario.

En esta brillante jornada, todos han cumplido noblemente con su deber. Con todo, hay algunos que han sobresalido, y cuyos nombres me han sido designados, y son los siguientes"....

No inserto la lista de todos los bravos que se distinguieron en el cèlebre combate de San Lorenzo, por no caber en los límites de estos apuntes. Debo advertir ademas que la anterior traduccion, así como la de los otros partes del Sr. Forey, las he copiado de algunos diarios.

Dia 16. Muy cerca del medio dia, el general D. José María Gonzalez Mendoza salió de la plaza y se encaminó al cuartel general frances en calidad de parlamentario. Presentado ante el Sr. Forey, le mostró los poderes que tenia para tratar de un armisticio y proponer verbalmente las basas de una capitulacion. El general Forey rehusó abiertamente suspender las hostilidades y manifestó que cualquiera que fuese el tratado que pretendian celebrar los juaristas, se discutiría sin interrumpir el combate. El parlamentario habló en seguida de la capitulacion y propuso al gefe frances que dejase salir de la plaza á la guarnicion con armas, bagajes y una parte de su artillería de campaña, dejando al ejército de Oriente que se retirase á México. Era de todo punto imposible que el general Forey accediese á tan estrañas pretensiones: bien se dejaba ver que el pensamiento de los llamados liberales no era otro que ir á continuar la guerra en otra parte, prolongando así las miserias y desgracias del país. El general Forey contestó que lo único que podia hacer en favor de la guarnicion sitiada era permitirle que saliese con los honores de la guerra, y que desfilando luego ante el ejército frances, depusiese las armas y se constituyese prisionera. Despues de una larga conversacion sobre la situacion de México, el general Forey despidió al parlamentario, recomendándole dijese á Gonzalez Ortega que enviara proposiciones escritas.

El general Mendoza volvió á la plaza á las cinco de la tarde: los juaristas lo aguardaban con inexplicable inquietud, y en el momento que llegó fué convocada una junta de generales, que á las oraciones de la noche se halló reunida, con el objeto de discutir el medio que debia adoptarse, supuesta la disposicion en que se encontraba el general en gefe del

ejército sitiador. Despues de dos horas de un debate acalorado, la junta se disolvió sin haber acordado la resolucion que exigia la gravedad de las circunstancias. A las diez de la noche volvió á reunirse, y en ella hubo todavia quienes insistieran en llevar á cabo el proyecto de romper por la fuerza el cerco á todo trance: mas considerando atentamente las grandes dificultades que para ello se presentaban y el desastroso fin que tendrian tantos sacrificios, la mayor parte de los gefes de Oriente convino en rendirse á discrecion.

En el mismo instante mandó Gonzalez Ortega que su ejército se disolviera, inutilizando ántes el armamento y todas las municiones de guerra que le quedaban. Despues de media noche, estrañas y fuertes detonaciones, rumores siniestros, precipitado rodar de carros y choques violentos de unos cuerpos con otros, turbaron el sueño de los habitantes de Puebla, quienes, llenos de angustia, procuraron averiguar la causa de aquel temeroso estruendo y supieron que era el desenlace de la guerra y el fin de la opresora demagogia. El terror mas profundo se apoderó de todas las familias, que desde el interior de sus casas escuchaban el vocerío de una muchedumbre desenfrenada que corria en todas direcciones, despojándose del uniforme militar, rompiendo los fusiles, espadas y bayonetas, clavando las piezas de artillería y poniendo fuego en los principales depósitos de parque. ¡Qué escena tan espantosa la de esa sombría noche! Por momentos se esperaba que á favor de las tinieblas, incitados por el hambre y el instinto del robo y alentados por la licencia que acababa de darles Gonzalez Ortega, los soldados del deshecho ejército de Oriente se entregasen al saqueo mas escandaloso y aun al incendio, el asesinato y las venganzas de todo género. ¿Quién podia castigar á

los culpables si tales crímenes se hubieran perpetrado en toda la ciudad, como en algunas casas comenzaron á cometerse? ¿Quién hubiera impedido en aquella lúgubre noche el que las partidas de rabiosos demagogos arrebatasen la fortuna de los hombres honrados, ultrajasen el pudor de las vírgenes y concluyesen con la existencia de los que trataran de oponerse inútilmente á los atentados del vandalismo? Solo la Providencia divina nos salvó en aquel conflicto, y mirando nuestras amarguras y abandono, tuvo compasion de nosotros y estendió su diestra para defendernos: solo ella puso miedo en el corazon de los soldados, quienes, deseando por otra parte salir de la triste situacion en que se hallaban, próximos á perecer de hambre y sugetos á otras mil penalidades, no tuvieron tiempo de pensar en los excesos que G. Ortega les daba ocasion de cometer, y solo se ocupaban en despojarse del traje militar, y alejarse entre la confusion y el desórden, del teatro de los sucesos.

De propósito he insistido en estos pormenores y en la consideracion de los gravísimos peligros á que quedó expuesta esta poblacion con la última medida de los juaristas, porque algunos se han empeñado en hacer creer, que el modo con que Gonzalez Ortega terminó la contienda de Puebla, fué altamente glorioso y digno de un general, cuyo nombre debe conservar la historia. Entre los que así opinan se encuentran no pocos europeos, á juzgar por algunos conceptos que veo estampados en los diarios; mas con permiso de tan respetables escritores, consignaré aquí mi pobre juicio acerca de la cuestion que nos ocupa.

Ante todo debo advertir que la persona á quien D. Benito Juarez confió el mando del ejército de Oriente, despues de la muerte de D. Ignacio Zaragoza, no solo era un general de revolucion, un gefe de cir-

cunstancias, incensado néciamente por un partido que dispensaba su proteccion á la escoria de la sociedad, sino un hombre enteramente deprovisto aun de aquellas dotes que se veian en algunos de sus correligionarios. Hubo un tiempo en que éstos, en medio del delirio que les ocasionó el triunfo alcanzado sobre el ejército del general Miramon por las tropas constitucionales, apellidaron á Gonzalez Ortega el *héroe de Calpulalpam*, atribuyéndole una victoria que estuvo muy lejos de alcanzar, supuesto que no á él, sino á las disposiciones tomadas por otros cabecillas, se debió aquel golpe funesto. Funesto, si, para los buenos mexicanos, que desde entonces vieron casi aniquilado el partido del órden, y entronizado el de la demagogia, cuya bandera representaba la ruina de todos los elementos sociales.

El *héroe de Calpulalpam* seguia entretanto recibiendo en Mèxico las mas viles adulaciones; la imprenta no cesaba un instante de encomiar el valor, los claros talentos y acendrado patriotismo del popular y demòcrata Gonzalez Ortega, y de este modo, un hombre nulo en todas materias, se vió elevado á la cumbre del favor y aun llegó á colocarse en el primer asiento de la suprema corte de justicia!.... él, cuyos antecedentes....mas yo me alejo demasiado de mi asunto.

Trascurrido algun tiempo, y cuando ya los excesos del gobierno de Juarez iban á ser castigados por la Francia, no habia quien se acordara del *héroe de Calpulalpam*, su época de gloria habia pasado: al frente de las fuerzas que combatir debian con el ejército franco-mexicano, se hallaba otro general tambien hechura de la revolucion, pero superior en todo á D. Jesus Gonzalez Ortega. Este vió sin duda con júbilo la desaparicion de un rival que, sucumbiendo en Puebla, dejaba el campo libre á las aspi-

raciones de otros reformistas y llamados patriotas, entre los cuales no dudaba Gonzalez Ortega obtener la preferencia. En efecto, D. Benito Juarez tendió la vista en rededor de sí, y no encontrando sugeto que á su entender fuese mas digno de desempeñar el mando en gefe del ejército de Oriente, volvió á poner en escena al *héroe de Calpulalpam*.

Sabidas son las vergonzosas derrotas de Barranca Seca y el Borrego; en este ùltimo punto Gonzalez Ortega fué destrozado, y para disculparle de una impericia que no tenia límites, dijeron los demagogos que tanto él como sus soldados se encontraban dormidos en el momento que los franceses los atacaron. Si esto es honroso y digno de un general en gefe, bórrese del diccionario de la lengua la palabra ridículo.

Ahora bien, en la defensa de Puebla y modo de terminar el sitio, Gonzalez Ortega lèjos de portarse como un héroe, se hizo despreciable aun á los ojos de los mismos que lo rodeaban. Durante el asedio, cuya vigorosa resistencia debióse principalmente á gefes que habian pertenecido al ejército como Mendoza, Negrete, Prieto, etc., y á uno que otro audaz revolucionario de los titulados generales como Lallave, y Berriozabal, Gonzalez Ortega no dió una sola disposicion para conseguir el fin que deseaban Juarez y sus partidarios. Se ha dicho en Paris que el general Mendoza es el hombre de la defensa de Puebla: pudiera decirse mas bien que es el hombre de la destruccion y de los males de Puebla; mas en fin si se quieren dejar á un lado los crímenes de los llamados defensores de la patria y considerar tan solo las pocas ó muchas prendas militares que se descubrieron en cada uno de ellos, el participio mas ó ménos grande que tuvieron en la dilatada resistencia, dígase cuanto se quiera en elogio de todos, mas

respecto del pretendido general Gonzalez Ortega guárdese un silencio profundo, ya que la moral pública no permite manifestar cuales fueron sus ocupaciones durante la guerra.

Llegamos al desenlace de ésta: á mi lèjos de parecerme heroico, se me representa sobremanera ridículo y altamente criminal. ¡Hay cosa en efecto mas propia para excitar el desprecio que ver á *un general* disolviendo un ejército de catorce mil hombres, despues que este ejército se defendió con valor durante dos meses, dentro de los muros de una ciudad bien fortificada? Y si aquel *general* se llama el *héroe de Calpulalpam*, el brazo fuerte de la demagogia, el que pocos dias antes escribia á D. Benito Juarez *que tenia el honor de hallarse sitiado por los primeros soldados del mundo*, ¿no es verdad que merece la calificacion de nécio y ridículo por haber dispuesto que sus tropas rompiesen todas las armas y fueran á presentarse ante los franceses, no cual convenia á unos valientes, sino tal vez como unos despreciables mendígos? ¿Quién puede afirmar con seriedad que Gonzalez Ortega ejecutaba un acto de heroismo, encerrándose con todos sus oficiales en el palacio episcopal y escribiendo al general Forey, que la plaza estaba á su disposicion?

Heróico habria sido imitar el glorioso ejemplo que años atrás dió en Cuautla el benemérito Morelos; empuñar las armas con fuerte mano en lugar de romperlas cobardemente y abrirse paso por medio de las columnas francesas: una ancha huella de sangre hubiera marcado el camino de los juaristas, mas el nombre de los soldados que escapasen se pronunciaría siempre con admiracion y cualquiera que fuese el juicio de la posteridad acerca de Gonzalez Ortega, jamas dejaría de aplaudirse su denuedo.

Se objetará que en el estremo á que se hallaba

reducida la guarnicion de Puebla, era imposible que no pereciese toda si trataba de romper el cerco, y que por lo mismo en la prudencia del general sitiado estaba el rendirse á discrecion antes que derramar sin fruto una sola gota de sangre. Este raciocinio es excelente; mas si recuerda el lector que tanto Gonzalez Ortega, como Mendoza y demas reformistas habian jurado que *el invasor no entraria á Puebla*, sino sobre los cadáveres de sus defensores; si trae á la memoria que el *Donjon* era la tumba destinada á los *patriotas*, y que en lo que ménos se pensaba era en economizar la sangre de los mexicanos, se verá precisado á convenir conmigo en que el contraste que se notó entre la conducta del hombre de quien hablo y las promesas que habia hecho al gobierno de D. Benito Juarez, fué sobremanera bárbaro y ridículo.

Pero he dicho ademas, que Gonzalez Ortega licenciando á su ejército y facultándolo para que destruyese el armamento y los depósitos de municiones, ha cometido un crímen. ¿Será necesario que me empeñe en probarlo, cuando, como dije antes, una muchedumbre miserable y hambrienta, con las armas en la mano y llena de ciega rábia, pudo haber concluido la obra de la desolacion de Puebla? Estraño seria que la demagogia, cuyo imperio se inició y sostuvo con crímenes, no diese á su causa un desenlace criminal.

Es muy probable que las anteriores reflexiones, que he hecho traspasando quizá los límites de unos sencillos apuntes, sean atribuidos por algunos al espíritu de partido; mas yo veo que no ha sido otra la opinion de las gentes sensatas, y en los mismos términos han emitido su fallo no pocos de los llamados progresistas, que reprobaron la conducta de Gonzalez Ortega, y se avergonzaron de haberlo visto figu-

rar á la cabeza del ejército de Oriente. Pero volvamos á tomar el hilo de nuestra narracion.

Dia 17. Tan luego como brilló la luz de la mañana, un espectáculo sobremanera estraño se presentó delante de los ojos. La ciudad toda se hallaba en la mas grande confusion; gefes y oficiales con la tristeza y el despecho pintados en el semblante, corrian presurosos á ocultar sus caballos, sus armas, y algunos hasta sus uniformes en la primera casa que encontraban dispuesta; otros se dirigian al palacio que ocupaba la mayor parte de los generales, en espera de la decision que tomase el general Forey, á quien Gonzalez Ortega habia escrito participándole la rendicion de la plaza; y otros finalmente, aunque por fortuna muy pocos, arrebatados por la desesperacion, se quitaban á sí mismos la vida. ¡Desgraciados! ¿Y tambien estos demagogos se citarán como modelos de heroismo? Nada remoto es que haya quien disculpe á los miserables suicidas, diciendo que se sacrificaron en las aras de la patria. Entre tanto seguianse oyendo frecuentes esplosiones de los depósitos de parque: soldados y mugeres iban y venian, buscando inutilmente un lugar por donde escaparse, y no habia una sola calle que no estuviese regada de fusiles, espadas y bayonetas, casi todas descompuestas ó rotas, de vestidos militares hechos girones, y principalmente de schacos y fornituras, objetos de que primero se despojaban los individuos de la tropa para confundirse con el pueblo. Aquí se veia una pieza de artillería clavada ó desmontada, allá carros y cureñas inservibles, mas adelante destrozadas cajas de guerra: era realmente un desórden inexplicable. Poco á poco, fué cesando aquella agitacion y las familias, que aguardaban inquietas los mas grandes atentados, viendo el giro qne tomaban los acontecimientos, empezaron á tranquilizarse.

Como á las ocho de la mañana algunos grupos de Zuavos, atraidos por la curiosidad, recorrian las calles de Puebla, y no podia ménos de llamar la atencion verles penetrar hasta el centro de la plaza, sin que trajesen consigo sus armas. En seguida el general Forey, impuesto de lo acaecido, dió órden al coronel Manèque para que con el primer batallon de cazadores de á pié se adelantase á tomar las medidas concernientes á la ocupacion de la ciudad. En el mismo instante los fuertes de Totimehuacan, Santa Anita, Loreto y Guadalupe fueron ocupados por el ejército frances; y el cuerpo de ingenieros procedió á allanar las trincheras y desembarazar las calles por donde en breve habia de hacer su entrada triunfal el general en gefe de las tropas franco-mexicanas. (1)

---

[1] *La narracion que acabamos de hacer de los últimos sucesos del sitio, se halla confirmada por el parte del general Forey, que á continuacion copiamos de un diario de la capital.*

Puebla, 20 *de Mayo de* 1863.—*Sr. mariscal:—Tengo la honra de dar cuenta á V. E. de las operaciones del cuerpo espedicionario desde el* 3 *de este mes.*

El ejército de Comonfort se nos acercó. Las señales que cambiaba con Puebla, los partes de nuestros reconocimientos, no dejaban duda de que el enemigo intentaba introducir á la plaza un convoy de víveres. Vijilé cuidadosamente los movimientos de nuestros contrarios, aguardando una ocasion favorable para batir y dispersar su ejército auxiliar.

El 4 *de Mayo se señalò por la llegada de Juarez al campo de Comonfort. El general Douay, previendo un recio ataque à sus tropas, dejò la Penitenciaría y vino á tomar el mando directo de su division. Despues del medio dia el general Márquez practicò un reconocimiento sobre San Lorenzo, donde halló al enemigo y lo batió en un pequeño combate.*

El 5 *las tropas enemigas se presentaron en los muchos puntos de la línea de circunvalacion al Norte de Puebla, y à la*